HAYDEN WHITE Y LA NATURALEZA NARRATIVA DE LA HISTORIA

JAUME AURELL

Western historiography, like other social sciences, experienced an important shift in the seventies due to the emergence of the theories associated with the linguistic turn, postmodernism and postestructuralism. Hayden White was one of the historians who led this transformation in the historical discipline. He argued that a historical text could be compared to a literary artifact on the leven of the form, since both use the same instrument —narrative— to representation the truth —whose content is factual events in history and fiction in literature. This idea revolutionized contemporary approaches to the interpretation of historical texts. This paper analyzes White's theories and its effects on contemporary historical writing.

Keywords: History and Postmodernism, Hayden White, narrative, Metahistory.

En 1984, el historiador Ignacio Olábarri publicó en este mismo *Anuario* un artículo que llevaba por título "En torno al objeto y el carácter de la ciencia histórica", en el que sostenía que por aquellos años, más que nunca, los historiadores percibían la necesidad de una reflexión sobre la propia disciplina[1]. No le faltaba razón, pues por aquellos años la historia se enfrentaba a una doble amenaza: por un lado, el relativismo histórico que había surgido de la creciente permeabilidad entre realidad y ficción, historia y litera-

1. I. OLÁBARRI, "En torno al objeto y carácter de la ciencia histórica", *Anuario Filosófico*, XVII (1984), pp. 157-173.

tura; por otro, el cuestionamiento de la función de la historia entre las ciencias sociales[2]. Olábarri remataba su artículo apostando decididamente por una recuperación del sentido "humano" de la historia, frente a los hegemónicos —aunque en aquellos momentos ya decadentes— planteamientos cientifistas del marxismo, el estructuralismo y el cuantitativismo. Aseguraba también que el único modo de afrontar el análisis y la comprensión de la multitud inmensa de decisiones libres personales que se da en la historia exigía una metodología y una forma de exposición adecuadas, en las cuales la narración juega un papel clave. La narración, proseguía Olábarri, es contar una historia, reconstruir la cadena de actos humanos que constituyen la historia. Buen conocedor de la historiografía, citaba precisamente entonces, en el colofón de su artículo, varios trabajos que incidían en el campo específico de la narración histórica, todos ellos publicados en los años setenta: la monografía de Hayden White, *Metahistoria* (1973), la reflexión hermenéutica de Michel de Certeau, *La escritura de la historia* (1975) y el célebre artículo de Lawrence Stone sobre el resurgimiento de la narrativa en la historia (1979).

El presente artículo pretende recoger el testigo donde lo dejó Olábarri —en el surgimiento de los primeros brotes de la narrativa histórica— y proyectarlo hacia el momento actual, utilizando como hilo conductor las ideas desarrolladas por Hayden White. En la primera parte, pretendo exponer las principales ideas del pensamiento del historiador norteamericano e iluminar los fundamentos filosóficos que las sustentan, a través de su principal obra, *Metahistoria*. En la segunda, me propongo detallar los efectos que han tenido esos postulados en las diferentes ciencias sociales, especialmente en la historia, la crítica literaria y la filosofía. Se da la circunstancia, nada desdeñable, que la obra de White, si bien tuvo al Princ.-pio una buena acogida entre los historiadores, fue descubierta con mayor entusiasmo por los críticos literarios en el contexto del "giro narrativo" de los años ochenta. Más tarde, fue analizada también por los filósofos, especialmente los provenientes de la herme-

2. G. NOIRIEL, *Sur la "crise" de l'histoire*, París, Berlin, 1996.

néutica, quienes se han interesado especialmente por sus ideas sobre el impacto ético e ideológico de la narratividad[3].

1. La narratividad en la historia: los orígenes de un debate

Pocas frases han tenido un efecto tan profundo en las ciencias sociales como las que escribió Hayden White en 1978: "Ha habido una resistencia a considerar las narraciones históricas como lo que manifiestamente son: ficciones verbales cuyos contenidos son tan inventados como descubiertos, y cuyas formas tienen más en común con sus formas análogas en la literatura que con sus formas análogas en las ciencias"[4]. Al identificar la *forma* de la narración histórica con la literatura, White postuló decididamente por una mayor convergencia disciplinar entre la historia y la crítica literaria para la interpretación de los textos históricos. Además, aunque no lo recogía explícitamente, esta hipótesis cuestionaba, a nivel real, la posibilidad de acceso al pasado; el historiador no alcanzaría el conocimiento del pasado a través de su narración, sino que simplemente lo re-actualizaría. La tesis tenía como consecuencia que no habría otro procedimiento para recuperar el pasado que la construcción de un relato: la disciplina histórica se identificaba con la narración y se desvinculaba, por tanto, de los modelos científicos que los paradigmas de postguerra —estructuralismo, marxismo y cuantitativismo— habían pretendido aplicar a la historia.

Las consecuencias teóricas y prácticas de esta revolución epistemológica fueron tres. En primer lugar, lo que el modernista británico Lawrence Stone llamó, a finales de los años setenta, "el resur-

3. R. T. VANN, "The Reception of Hayden White", *History and Theory*, 37 (1998), pp. 143-161.

4. H. V. WHITE, *Tropics of discourse. Essays in cultural criticism*, Baltimore & Londres, Johns Hopkins University Press, 1978, p. 82.

gimiento de la narrativa" en la historiografía[5]. Los historiadores más prestigiosos se lanzaron a la construcción de obras históricas rompiendo la tradición de las grandes monografías estructuralistas y marxistas y apostando decididamente por la narración. Los ejemplos más característicos llegaron del ámbito del modernismo: la descripción de la vida cotidiana de un pueblecito pirenaico por parte de Emmanuel Le Roy Ladurie, el inverosímil pero documentado relato del campesino Martin Guerre de la historiadora norteamericana Natalie Z. Davis —que dio además lugar a una sugerente película interpretada por Gérard Depardieu—, y la narración del proceso inquisitorial del molinero Menocchio por parte del historiador italiano Carlo Ginzburg[6]. La segunda de las consecuencias fue la mayor atención que los historiadores dedicaron a los campos fronterizos de la historia con la crítica literaria y la neohermeneútica de Paul Ricoeur y Michel de Certeau[7]. Y, finalmente, la invasión en la disciplina histórica de buena parte de las teorías postmodernas asociadas al giro lingüístico, el giro cultural, el postestructuralismo y el deconstruccionismo[8].

Han pasado tres decenios desde el lanzamiento y la consolidación de esas corrientes y ya se está en condiciones de realizar un primer diagnóstico de los efectos reales que han tenido en la disciplina histórica y en las demás ciencias sociales. Hoy día hay un acuerdo bastante generalizado en que uno de los abanderados de

5. L. STONE, "The revival of narrative: reflections on a new old history", *Past and Present. A Journal of Historical Studies*, 85 (1979), pp. 3-24.

6. N. Z. DAVIS, *The return of Martin Guerre*, Cambridge, Mass, Harvard University Press, 1983, y C. GINZBURG, *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del '500*, Turín, 1976 (hay traducciones al castellano de ambas).

7. P. RICOEUR, *Temps et récit*, París, Seuil, 1983-1985, 3 vols.; M. de CERTEAU, *L'écriture de l'histoire*, París, Gallimard, 1975; H.-G. GADAMER, *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme, 1977 (1965).

8. La obra clave sobre el giro lingüístico, R. RORTY, ed., *The linguistic turn. Recent essays in philosophical method*, Chicago, University of Chicago Press, 1967; sobre el giro cultural, L. HUNT, ed., *The New Cultural History*, Berkeley, University of California Press, 1989; autores asociados al postestructuralismo y el deconstruccionismo con influjo en la historiografía, R. BARTHES, M. FOUCAULT, *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, París, Seuil, 1966 y J. DERRIDA, *L'écriture et la différence*, París, Seuil, 1967.

estas transformaciones ha sido Hayden White. Del fuerte impacto de su obra habla por sí sólo el hecho de que, hace unos años, la revista académica con mayor prestigio en el campo de la teoría de la historia, *History and Theory*, le dedicó un apartado para analizar la recepción de su obra en las diferentes ciencias sociales[9]. Pero, hasta aquel momento, no todo había sido un camino de rosas para el historiador norteamericano. White se había dado a conocer a la historiografía durante los años sesenta, a través de la publicación del resultado de sus investigaciones sobre la historia intelectual aplicada al análisis de los textos históricos[10]. Ya a finales de los años ciencuenta, White había escrito en su Introducción al libro de Carlo Antoni, *From History to Sociology*: "el efecto de la narrativa es más importante que la verdad o la falsedad de lo narrado"[11]. Dicho en otras palabras, White apostaba decididamente por la prioridad de la forma literaria por encima del contenido específicamente histórico de las construcciones historiográficas. La sospecha de sus colegas recayó sobre él. Por aquellos años, además, era hegemónica una historiografía basada en la fiabilidad de las investigaciones masivas, la credibilidad de una metodología cercana a las ciencias experimentales y el recurso a los "grandes relatos" del marxismo y del estructuralismo por encima de los "pequeños relatos" de la historia *événementielle*, del relato, de la narración, que habían quedado totalmente desacreditados.

En 1966, White desenterró el hacha de guerra, al publicar un artículo en *History and Theory* en el que acusaba a los historiadores de no tener ni el rigor de las ciencias naturales ni la imaginación de

9. "Hayden White: Twenty-Five Years On", *History and Theory. Studies in the Philosophy of History*, 37 (1998), pp. 143-182.

10. Ver, por ejemplo, H. WHITE, "The Abiding Relevance of Croce's Idea of History", *The Journal of Modern History*, XXV (1963), pp. 109-124 y H. WHITE, "Collingwood and Toynbee: Transitions in English Historical Thought", *English Miscellany*, 7 (1956), pp. 147-178.

11. C. ANTONI, *From History to Sociology. The Transition in German Historical Thinking*, traducido del italiano por Hayden White. Detroit: Wayne State University Press, 1959 (Ver Translator's "Preface", pp. IX-XII and Translator's Introduction: "On History and Historicism", pp. XV-XXVIII).

la literatura[12]. Allí apostaba audazmente por una transformación de los estudios históricos, para permitir al historiador participar activamente en la liberación del peso de la historia, demasiado lastrada por una concepción excesivamente rígida y formalista, importada de los métodos de las ciencias experimentales. Muchos historiadores consideraron sus ideas como un intento de evaporización de la historia, diluida entre los cantos de sirena de la ficción y perdida toda especificidad ante el predominio disciplinar de la literatura. El historiador norteamericano se refugió entonces, significativamente, en revistas más cercanas a la crítica literaria como la *New Literary History*, y se dedicó en cuerpo y alma a la elaboración de la que sería su obra más representativa: *La Metahistoria*.

2. METAHISTORIA

En 1973, White publica *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*[13]. Las palabras seleccionadas por el autor como pórtico ("sólo se puede estudiar lo que antes se ha soñado") son bastante ilustrativas del carácter inaprehensible pero al mismo tiempo sugerente del libro, que combina con eficacia la teoría de la historia con la teoría literaria. Se trata de un análisis del pensamiento histórico de los historiadores y filósofos de la historia más representativos del siglo XIX: Hegel, Marx, Nietzsche y Croce como referentes teóricos y Michelet, Ranke, Tocqueville y Burckhardt como referentes propiamente historiográficos. La obra es, en su nivel más aparente, un tratado de historia intelectual en el sentido más clásico: una exposición del pensamiento y el influjo de los autores a través de un análisis contextualizado de sus escritos.

12. H. WHITE, "The Burden of History", *History and Theory*, 2 (1966), pp. 111-134.

13. H. V. WHITE, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore & Londres, Johns Hopkins Univesrity Press, 1973 (trad. esp.: H. V. WHITE, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, 1992).

A un segundo nivel, se mueve en el campo de la historia de la historiografía, pues tanto los intelectuales seleccionados como los temas predominantes se refieren a la práctica de la disciplina histórica. Finalmente, el libro es en sí mismo una exposición teórica, puesto que el autor no se limita a describir unos determinados autores o tendencias intelectuales, sino que propone un nuevo modo de acercarse a la realidad histórica.

White desenmascara desde el principio su método de trabajo y su propuesta de ánalisis. Las palabras con las que inicia su prefacio son inequívocas. De entrada, reconoce que su análisis de la estructura de la imaginación histórica en el siglo XIX precisa una teoría formal de la obra histórica. Aquí, White actúa como historiador de la historiografía pero también como teórico de la historia. En esa teoría considera la obra histórica "como lo que más visiblemente es: una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa"[14]. Es decir, una asimilación *formal* de la obra histórica a los relatos literarios. La errónea interpretación de esta sentencia es la que ha llevado a algunos comentadores de White a considerarlo como un abanderado del realitivismo más radical, adscrito a los movimientos postestructuralistas y deconstruccionistas asociados al postmodernismo. Pero el historiador no está identificando *materialmente* la obra histórica con la literaria, sino que se queda, por el momento, a un nivel formal.

Su "teoría formal" de la historia le lleva a cuestionarse por los métodos utilizados hasta ese momento para el análisis de las obras históricas. White rechaza un análisis basado en la consideración del discurso histórico como un producto científico, y que por tanto debe ser interpretado siguiendo los modelos de las ciencias experimentales. Como alternativa, postula un acercamiento basado en los métodos con los que la crítica literaria interpreta los textos de ficción, porque los textos históricos están más cerca de ellos que de los textos científicos-experimentales. Emergen de esta hipótesis dos consecuencias bastante radicales, que afectan al entero campo

14. H. WHITE, *Metahistoria*, p. 9. Cita original: "a verbal structure in the form of a narrative prose discourse".

de las ciencias sociales. Por un lado, se pone sobre la mesa el problema de las vinculaciones entre realidad histórica y ficción literaria. Por otro lado, se vincula más estrechamente a la disciplina histórica con la crítica literaria, alejándola de los métodos de las ciencias experimentales y desmitificando, por tanto, la que había sido la gran aspiración desde el historicismo germánico decimonónico y el positivismo francés finisecular: la construcción de una historia como ciencia. En este planteamiento, el historiador sería más un "escritor" que un "científico".

Se afronta así radicalmente el problema de la "referencialidad", uno de los conceptos claves de cualquier argumentación teórica sobre la historicidad. La historia remite siempre a una realidad "fuera del texto", a una realidad que tiene un *referente* externo. La literatura, por su parte, no necesita esta referencialidad externa, se basta con su realidad "intratextual". Esto es lo que pretendió explicar Jacques Derrida en una expresión tan citada como malinterpretada: "il n'y a pas de hors-texte". Los detractores del postmodernismo —o los que no han sabido hacer una lectura matizada de esta corriente— lo han traducido como "no hay nada fuera *del* texto", como si la realidad se hubiera desvanecido y sólo nos quedaran las palabras. Pero lo que en realidad el intelectual francés expresó es que "no hay nada *fuera-del-texto*": la autonomía del texto para construir un discurso autónomo, sea de tipo referencial o no.

El problema que plantea White con su planteamiento del "historiador como escritor" no es, pues, de tipo epistemológico —una negación de la posibilidad del acceso a la realidad histórica— sino más propiamente metodológico —el *modo* de acceder a la realidad histórica. Al asimilar la obra histórica a la literaria, White concibe las construcciones de los historiadores como algo cerrado en sí mismo, una articulación mental que parte de unos condicionamientos *a priori* con tintes kantianos y que funciona como una creación histórica en sí misma. De ahí el concepto de "metahistoria", que sería esa serie de realidades bien asentadas en el intelecto del historiador, que se situarían en un plano metahistórico— "más allá" de la propia historia —y que funcionan como articuladores de su discurso histórico: "Las historias (y también las filoso-

fías de la historia) combinan cierta cantidad de "datos", conceptos teóricos para "explicar" esos datos, y una estructura narrativa para presentarlos como la representación de conjuntos de acontecimientos que supuestamente ocurrieron en tiempos pasados. Yo sostengo que además tienen un contenido estructural profundo que es en general de naturaleza poética, y lingüística de manera específica, y que sirve como paradigma precríticamente aceptado de los que debe ser una interpretación de especie "histórica". Este paradigma funciona como elemento "metahistórico" en todas las obras históricas de alcance mayor que la monografía o el informe de archivo"[15]. Con esta argumentación, White introducía también a la disciplina en la órbita del "giro lingüístico", que había cuestionado radicalmente la identidad y los métodos de las ciencias sociales desde finales de los años sesenta[16].

La escritura de la historia se identifica así con la narración. White percibe una *infraestructura metahistórica* que subyace a todas las construcciones teóricas de los filósofos e historiadores que analiza. Esa *metahistoria* es la que explica que los intelectuales analizados en su libro no se basen en conceptos teóricos para conseguir que su narración histórica adquiera el aspecto de una explicación racional. Por el contrario, la narración histórica depende de un nivel más profundo, casi inconsciente e irracional, por el que el historiador realiza un acto específicamente poético. En ese acto mental es donde el historiador *prefigura* el campo histórico y lo constituye como un dominio sobre el que aplica las teorías específicas que utilizará, posteriormente, para explicar "lo que realmente sucedió", según la célebre máxima rankiana.

A través de una cuestión puramente formal, la identificación visual de la obra histórica con la literaria, White se cuestiona la cuestión material del origen y el alcance del conocimiento histórico. El historiador norteamericano considera que los historiadores argumentan con procedimientos que nada tienen que ver con los

15. H. WHITE, *Metahistoria*, p. 9.

16. J. AURELL, "Los efectos del giro lingüístico en la historiografía reciente", *Rilce*, 20 (2004), pp. 3-20.

métodos científicos, sino que proceden excluyendo determinados hechos de su relato como irrelevantes para su propósito narrativo e incluso incluyendo especulaciones que no se encuentran en los hechos verdaderos. La *poética histórica*, adquirida apriorísticamente y de un modo más o menos reflexivo, es la que condiciona el resultado de la investigación histórica. Por este motivo, White interpreta la obra de los historiadores y filósofos de la historia que analiza en su libro tomando prestados los métodos propios de la crítica literaria y de la lingüística.

3. El discurso histórico y los tropos literarios

Al identificar formalmente las obras históricas con las literarias, White establece tres procedimientos para clasificar las narraciones históricas: la explicación por la trama, por la argumentación y por la implicación ideológica. La "explicación por la trama" ("emplotment", en el original) se basa en la distinción elaborada por el crítico literario Northrop Frye entre cuatro modos de tramar: el romance o novela, la tragedia, la comedia y la sátira[17]. Cada historiador elige una de estas categorías como dominantes en su discurso: Michelet dio a todos sus relatos la forma de romance, Ranke la cómica, Tocqueville la tragedia y Burckhardt la sátira. La "explicación por la argumentación" ("formal argument") ofrece una explicación de lo que ocurre en el relato invocando principios de combinación que sirven como leyes de explicación histórica. White distingue aquí el "formismo", el organicismo, el mecanicismo y el contextualismo, siguendo el análisis de Stephen C. Pepper[18]. Por fin, la "explicación por la implicación ideológica" refleja el elemento ético de la asunción por el historiador de una posición particular sobre el problema del conocimiento histórico y las implica-

17. Concretamente, White remite a Northrop Frye, *Anatomy of Criticism*, Princeton, Princeton University Press, 1957.

18. S. C. Pepper, *World Hypotheses. A Study in Evidence*, Berkeley, University of California Press, 1966.

ciones que pueden derivarse del estudio de acontecimientos pasados para la comprensión de los hechos presentes. Distingue así, basándose en este caso en las ideas de Karl Mannheim, cuatro modos de implicación ideológica: anarquismo, radicalismo, conservadurismo y liberalismo[19].

Más allá de su evidente carácter convencional y formalista, esta triple distinción permite a White avanzar en tres niveles que saltan a la vista en el análisis mínimamente sistemático de cualquier obra histórica: el nivel aparente de la trama (¿bajo qué "forma literaria" *aparece* la obra histórica?), el nivel epistemológico de la argumentación (¿cuál es la "teoría histórica" elegida por el historiador, la cual subyace a lo largo de la narración y condiciona su esquema y desarrollo?) y el nivel ideológico de la implicación (¿qué intencionalidad práctica tiene el historiador?¿qué posición toma ante el mundo y cómo pretende cambiarlo o conservarlo a través de su obra histórica?). Visto desde otro punto de vista, la trama reflejaría una percepción "estética", la argumentación una percepción "cognoscitiva" y la implicación ideológica una percepción "ética" del historiador.

A través de la aplicación sistemática de estos tres niveles a cada historiador analizado, White llega finalmente al núcleo de su argumentación: el estilo historiográfico surge de la combinación entre los diferentes modos de tramar (romántico, trágico, cómico y satírico), argumentar (formista, mecanicista, organicista y contextualista) e implicar ideológicamente (anarquista, radical, conservador y liberal). Lógicamente, no todos los historiadores eligen unos modos "puros" sino que se mueven en ocasiones en las fronteras, como la peculiar combinación que trató de conseguir Michelet entre un modo de tramar romántico y una ideología liberal que hubiera cuadrado mejor con la trama satírica. Pero el resultado final es siempre una coherencia histórica cuya base es siempre, según White, de naturaleza poética y específicamente lingüista. El historiador norteamericano acude aquí a la imagen del historiador que

19. K. MANNHEIM, "Prospect of Scientific Politics", in *Ideology and Utopia: An Introduction to the Sociology of Knowledge*, Nueva York, Brace, 1946.

se enfrenta a la construcción de su obra igual que un gramático que debe enfrentarse al análisis de una nueva lengua: el primer problema es distinguir entre los elementos léxicos, gramaticales, sintácticos y semánticos de su nuevo campo de estudio. Partiendo de sus documentos, el historiador generará sus propios términos, preparándolos para la explicación y la representación que después ofrecerá de ellos su narración. Ese campo *prefigurado* es descrito por White como el "protocolo lingüístico preconceptual" del historiador[20].

Finalmente, el historiador responde a su pregunta clave (¿qué ocurrió *realmente*?) a través de un acto prefigurativo poético que precede al análisis formal y predetermina las estrategias conceptuales que usará para explicarlo. Esas estrategias se pueden agrupar en los cuatro tropos principales del lenguaje poético: la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía. Las correlaciones entre estas cuatro estrategias tropológicas con los distintos modos de explicación utilizados por los historiadores en sus obras (trama, argumento e implicación ideológica) da como resultado la tendencia historiográfica particular a la que se adscribe cada uno de ellos. Esto le permite a White abandonar las categorías habituales para designar las diferentes "escuelas" de la escritura histórica en el siglo XIX, argumentando que éstas eran categorías tomadas convencionalmente de movimientos culturales más genéricos provenientes de la filosofía (romanticismo, idealismo, marxismo o positivismo) o de movimientos ideológicos provenientes de la teoría política como el liberalismo, el radicalismo, el marxismo o el conservadurismo.

White sustituye las categorías clásicas de las tendencias historiográficas por la especificación de los niveles estéticos, epistemológicos, éticos y lingüísticos de cada historiador y de sus obras históricas, y los agrupa por tanto en cuanto a su contenido formal y no estrictamente material o ideológico. Esto explicaría, por ejemplo, por qué un historiador como Marx, que utiliza una teoría explicativa mecanicista, no tendría ninguna autoridad en un público precríticamente comprometido con el modo de argumentación con-

20. H. WHITE, *Metahistoria*, p. 40.

textualista o el modo de implicación ideológica conservadora. Esto explicaría la diversidad de escuelas y corrientes que ha experimentado la disciplina histórica en estos dos últimos siglos, lo que contrasta radicalmente con la evolución de las ciencias experimentales, mucho más cohesionadas en cuanto a sus fundamentos teóricos y metodológicos. La diversificación de las diversas tendencias historiográficas vendría determinada por el diferente criterio de elección de sus protocolos lingüísticos más que por la aplicación de unos determinados criterios materiales y de contenido.

La distinción entre historia propiamente dicha y filosofía de la historia deviene por tanto artificial, ya que lo único que distingue a historiadores y filósofos de la historia es que los segundos simplemente han tratado de explicitar lo que en los primeros estaba implícito: la especificación de los criterios que subyacen a cualquier obra histórica, todos ellos de naturaleza lingüística. Consecuentemente, no es de extrañar que los más destacados filósofos de la historia del siglo XIX, con la posible excepción de Marx, hayan sido esencialmente filósofos del lenguaje o dialécticos, como Hegel, Nietzsche o Croce[21]. La evolución de las ciencias sociales durante estos últimos decenios ha demostrado el protagonismo del lenguaje en nuestro acercamiento, el análisis y la transmisión de la realidad histórica. No en vano, a partir de finales de los años sesenta, la expansión de las tendencias asociadas al giro lingüístico han sido hegemónicas en el discurso académico.

Por otra parte, la historia no supera en el siglo XIX su eterna aspiración a convertirse en una ciencia porque los historiadores no consiguen ponerse de acuerdo —como sí pudieron hacerlo los científicos naturales en el siglo XVII— en un modo de discurso específico. De hecho, el esfuerzo de los historiadores decimonónicos fue en buena medida aclarar los conceptos epistemológicos y estéticos subyacentes en la composición de sus narraciones para conseguir de este modo un lenguaje científico común a todos ellos. Pero ningún protocolo lingüístico logró ser hegemónico entre los historiadores —ni entre las ciencias sociales en general— como la lógi-

21. H. WHITE, *Metahistoria*, p. 406.

ca y las matemáticas lo habían hecho entre las ciencias físicas desde la época de Newton. Desechada la idea de crear un "lenguaje técnico-histórico", los historiadores se abonaron a la pluralidad de las estrategias interpretativas contenida en los usos de la lengua ordinaria.

Esta intuición de White no es nada despreciable, porque la experiencia del siglo XX ha demostrado que cualquier intento de "tecnificar" el lenguaje de la narración histórica —véase las experiencias del marxismo, el estructuralismo y el cuantitativismo— ha llevado a un reduccionismo o mecanicismo que ha conducido a la historia a alejarse de su objeto prioritario: el hombre. Significativamente, la misma figura del "filósofo de la historia" fue desapareciendo del ámbito historiográfico y quedó finalmente desacreditada tras algunos efímeros proyectos de los historicistas de entreguerras como los de Collingwood, Spengler, Toynbee: los historiadores se volvieron escépticos respecto a la posibilidad de unificar los fundamentos teóricos de su disciplina. Tras la segunda guerra mundial, la historia cayó en la trampa de la tecnificación de su lenguaje, lo que contribuyó, entre otras cosas, a la creación de una jerga específica que alejó a los libros de los historiadores profesionales de las estanterías de las librerías de consumo. Fue sólo a partir de los años 70, con la labor de unos pioneros historiadores que apostaron por la vuelta a un lenguaje narrativo —Emmanuel Le Roy Ladurie, Georges Duby, Simon Schama, Carlo Ginzburg, Natalie Z. Davis— cuando la historia volvería a recuperar un lenguaje verdaderamente humano, pero al mismo tiempo supuestamente menos "científico".

En el fondo, lo que White diagnostica en su *Metahistoria* no es más que la complejidad del acceso, el conocimiento y la narración del pasado. Como Carlo Ginzburg apuntó certeramente, "desde Galileo, el enfoque cuantitativo y antiantropocéntrico sobre las ciencias de la naturaleza ha colocado a las ciencias humanas en un desagradable dilema, ya que deben adoptar un criterio científico poco sólido con objeto de ser capaces de obtener resultados significativos o bien adoptar un criterio científico firme que alcance re-

sultados que no tengan gran importancia"[22]. Los historiadores cuantitativistas de los años cincuenta y sesenta lograron, en efecto, un lenguaje científico a través de sus masivas investigaciones y de la aplicación de la estadística a su documentación, pero se dieron cuenta de que en el camino habían perdido dos aspectos esenciales: el lenguaje narrativo y la representatividad de sus resultados. Habían abandonado, por tanto, el vínculo entre el historiador y su público potencial, entregándose a un lenguaje científico, jergal y refugiado en los estrechos confines de la academia. Los narrativistas de los setenta, por su parte, intentaron recuepar un lenguaje referencial, lo que no les liberó sin embargo de una cierta angustia epistemológica fruto de la pérdida *aparente* de estatuto científico.

Lo que quizás es más novedoso de la *Metahistoria* es que por primera vez un teórico de la historia no se planteaba como primera pregunta sobre el grado de realismo, de veracidad o de cientificidad de una obra histórica —todos ellos aspectos materiales— sino que basaba toda su argumentación en sus aspectos formales, los que más aparentemente les asimilaban a las obras literarias. No hay lugar, por tanto, al debate sobre si la historia es una ciencia o no. White sostiene que el grado de "cientificidad" de una obra histórica es simplemente una cuestión aparente, y es directamente proporcional al grado de visibilidad formal que el historiador le haya querido dar. Esto motivó que las primeras críticas que recibió White —algunas de sus mejores amigos y admiradores— fueron precisamente que en su obra había obviado lo más básico: la búsqueda de la verdad como la tarea más importante del historiador[23]. Otros le recriminaron que su *Metahistoria* era uno de esos libros

22. C. GINZBURG, "Roots of a Scientific Paradigm", *Theory and Society*, 7 (1979), p. 276, citado en P. BURKE, "El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia", en *El pasado y el presente*, Mexico, 1986, pp. 117-118.

23. A. MOMIGLIANO, "The Rhetoric of History and the History of Rhetoric: On Hayden White's Tropes", in E. S. Shaffer, ed., *Comparative Criticism. A Yearbook*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, p. 259.

más capaces de estimular debates sobre ellos mismos que de resolver los problemas particulares planteados en ellos[24].

El influjo historiográfico de la *Metahistoria* de White ha sido, con todo, indudable. Para algunos historiadores autorizados, la *Metahistoria* marca un decisivo giro de la historia y de las ciencias sociales hacia el narrativismo y los pequeños relatos del post-estructuralismo y el postmodernismo, en detrimento de las aspiraciones "científicas" de los grandes relatos del estructuralismo y del marxismo (los "metarrelatos")[25]. Tomando como referencia a esta obra y a los postulados del giro lingüístico, algunos académicos como el propio Hayden White, Roland Barthes, Michel Foucault, Northrop Frye y Jacques Derrida han redefinido las relaciones entre el discurso histórico y el pasado, y las han hecho pivotar del campo científico al propiamente narrativo y lingüístico. Sin negar la evidencia de que los acontecimientos del pasado han existido, consideran que cualquier *relato* de esos acontecimientos tiene una existencia exclusivamente lingüística y que no hay una realidad, por tanto, fuera de ellas. El lenguaje deja atrás su tradicional rol de mero intermediario o de dar simplemente "forma" a los hechos históricos, para convertirse en un generador de la realidad, descrita en los relatos históricos. No es extraño, por tanto, encontrar en las raíces de estas tendencias a la hermenéutica de la sospecha de Nietzsche, la redefinición de la historicidad del Heidegger del *Ser y Tiempo* y las reflexiones epistemológicas de Wittgenstein. El lenguaje no sólo expresa y transmite significados, sino que también los crea y los transforma. Su privilegiada posición tiene su origen en su insustituible capacidad de re-crear la realidad del pasado. El análisis de los discursos históricos precisa, por tanto, unas herramientas que provienen de la crítica literaria, no de las ciencias experimentales. Finalmente, esta nuevas tendencias pemiten ahondar en la necesaria distinción entre la historia como las "cosas que

24. E. DOMANSKA, "Hayden White: Beyon Irony", *History and Theory*, 37 (1998), p. 174 y F. ANKERSMIT, "Historiography and Postmodernism", *History and Theory*, 28 (1989), p. 141.

25. E. BEINSACH, *On the Future of History. The Postmodernist Challenge and its aftermath*, Chicago, Univesrity of Chicago Press, 2003, p. 74.

han sucedido" y la historia como "la narración de las cosas que han sucedido", algo que entra dentro de la órbita del sentido común.

4. El contenido de la forma o la historia como narración

Con todo este bagaje teórico, White estaba sobradamente acreditado para participar en el intenso debate sobre la naturaleza de la historia que se fraguó en los años ochenta. Y lo hizo con otro artículo programático en 1984 titulado "La concepción de la narrativa en la teoría historiográfica actual", publicado en *History and Theory*, en el que recogía el eco del artículo de Lawrence Stone sobre el resurgimiento de la narrativa y de los debates posteriores sobre la función de la narrativa en la historia[26]. Según White, el deseo de sofistificación científica había alejado a la historia de su instrumento más natural, la narración. Con esto, trataba de desenmascarar el formalismo que hay en muchas de las aspiraciones "científicas" de la historia, especialmente en experimentos como el marxismo, el estructuralismo o el cuantitativismo.

La distinción entre historia y literatura no radica en su forma narrativa sino en su contenido, real en la primera, imaginativo en la segunda. Lo que ha acreditado a los historiadores de todos los tiempos no es su grado de "cientificidad" sino su capacidad para narrar una historia verdadera a través de un discurso referencial. Especialmente ilustrativo es el ejemplo del nacimiento de la historiografía medieval en lengua vernácula, a partir del siglo XIII. A los cronistas bajomedievales les bastó con prosificar la tradición épica, recibida por tradición oral y versificada. Este cambio formal les acreditó como "contadores de la verdad", aunque en sus cróni-

26. Artículo publicado por primera vez en H. WHITE, "The Question of Narrative in Contemporary Historical Theory", *History and Theory*, 23 (1984) y recogido posterioremente en H. V. WHITE, *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1987 (existe traducción al castellano).

cas hay algunos hechos milagrosos o legendarios que no superarían el rigor de la moderna crítica textual.

El tono narrativo en la historia se fue perdiendo a lo largo de los dos últimos siglos, y sólo se ha recuperado gracias a las teorías desarrolladas en los años setenta y ochenta por la nueva teoría histórica. En primer lugar, la representada por ciertos filósofos analíticos anglonorteamericanos —Patrick Gardiner, William H. Dray, Morton White, Arthur Danto, Louis O. Mink— que han intentado establecer el estatus epistemológico de la narratividad, considerado como el tipo de explicación más acorde con la naturaleza de los procesos históricos y humanos, frente a los naturales[27]. Un segúndo grupo sería el de ciertos historiadores orientados hacia las ciencias sociales, como el grupo francés de la tercera generación de los Annales —François Furet, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie— quienes consideraban la historiografía narrativa como no científica, siendo necesaria su extirpación para transformar los estudios históricos en una verdadera ciencia[28]. El tercer grupo es el de algunos teóricos de la literatura y filósofos de orientación semiológica que han sido posteriormente situados en la órbita del postmodernismo: Ronald Barthes, Michel Foucault, Jacques Derrida, Julia Kristeva, Tzvetan Todorov. Estos intelectuales han analizado la narrativa considerándola un "código" discursivo que puede ser o no apropiado para la representación de la realidad[29]. El cuarto grupo lo constituirían algunos filósofos de orientación her-

27. Algunos ejemplos: P. GARDINER, ed., *Theories of History*, Londres, 1959; W. H. DRAY, *Philosophy of history*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1964, F. R. ATKINSON, *Knowledge and Explanation in History*, Londres, Macmillan, 1978.

28. Esta visión de White ha sido rectificada brillantemente por Carrard, quien ha rescatado los matices más "narrativistas" de los Annales, que habría actuado como de "precursores" de esta corriente: P. CARRARD, *Poetics of the New History. French Historical Discourse form Braudel to Chartier*, Baltimore & Londres, Johns Hopkins University Press, 1992.

29. Para una perspectiva global de las aportaciones de este grupo, P. VALESIO, *The Practice of Literary Semiotics: a Theoretical Proposal*, Urbino, Universita di Urbino, 1978; otro magnífico diagnóstico, con mayor perspectiva, en E. BREISACH, *On the Future of History, the postmodernist challenge and its aftermath*, Chicago, University of Chicago Press, 2003.

menéutica, como Hans Gadamer, Paul Ricoeur y Michel de Certeau, que han considerado la narrativa como un discurso de un tipo específico de conciencia temporal o estructura del tiempo[30].

De estos cuatro grupos, es quizás el tercero de ellos el que ha tenido un mayor influjo en la nueva teoría de la narratividad, la que postula a la narración como el único procedimiento adecuado de re-presentar el pasado y que, de hecho, reduce el pasado a la narratividad. Barthes es bastante contundente en este empeño: "Como podemos ver, simplemente atendiendo a su estructura y sin tener que invocar la sustancia de su contenido, el discurso histórico es por esencia una forma de elaboración ideológica o, por decirlo más precisamente, una elaboración imaginaria"[31]. White localiza sutilmente el paso de una generación estructuralista (el primer Barthes, Lévi-Strauss y Roman Jakoboson) a la post-estructuralista (Derrida, Krsiteva, Foucault) en el "giro nietzscheano" de los intelectuales franceses de los años setenta. Todos estos pensadores se enfrentaron decididamente a la filosofía analítica anglófona, dominante en los años cuarenta y cincuenta, así como a la propia historiografía analítica francófona, representada por los Annales y el marxismo.

White se aleja, sin embargo, de estas posturas radicales de los postestructuralistas. Afirma que la historia narrativa puede considerarse legítimamente como algo distinto al discurso científico, pero que esto no es razón suficiente para negar a la historia narrativa un valor de verdad sustancial. Por otra parte, tampoco defiende ingenuamente que el hecho de identificar formalmente historia y literatura conlleve menos problemas epistemológicos que identificar historia y ciencia. La historiografía occidental surge en el mundo clásico de un trasfondo literario, al intentar superar el discurso más arcaico del mito. El discurso histórico se distinguió entonces en virtud de su materia (acontecimientos "reales" en la historia, "ima-

30. Además de las obras ya citadas de Certeau y Ricoeur, ver H. G. GADAMER, *Le problème de la conscience historique*, Lovaina, 1963.

31. R. BARTHES, "The Discourse of History", in E. S. Shaffer, ed., *Comparative Criticism. A Yearbook*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981 (1967), p. 16.

ginarios" en el mito) más que por su forma (tanto la "historia" como el "mito" eran relatos presentados bajo la forma de tropos literarios). Las narraciones históricas no se pueden identificar materialmente a los discursos míticos o de ficción, por lo que hay que considerarlos como alegóricos, es decir como un discurso que dice una cosa y significa otra.

El historiador norteamericano se aviene aquí a los postulados de Gadamer y Ricoeur, según los cuales el método propio de las ciencias históricas es la hermenéutica, concebida menos como descifra-miento que como "inter-pretación", literalmente "traducción", una "translación" de significados de una comunidad discursiva (los hechos del pasado) a otra (la narrativización de esos hechos). El resultado de esta translación es la narrativa, que es por tanto mucho más que un mero modo de explicación, un código o un vehículo para transmitir información. Es un medio de simbolizar los acontecimientos sin el cual no podría indicarse su historicidad. Como las acciones del pasado son narrativizaciones vividas, sólo es posible re-presentarlas a través de la propia narrativa. La forma del discurso histórico es la narrativa y el contenido aquello que ha sido narrativizado. El maridaje de forma y contenido produce el símbolo, que da como resultado precisamente la historicidad —el referente último de la historia. Finalmente, lo que Ricoeur y White pretenden demostrar es la suficiencia de la narratividad para conseguir los objetivos de los estudios históricos[32]. La historicidad es un contenido del cual la narratividad es su forma.

Todos estos planteamientos facilitan además el reconocimiento de la dimensión ética de la historia y de la literatura. White aclara que la noción de "acontecimiento real" no descansa sobre la distinción entre verdadero y falso (que pertenece al orden de los discursos, no al de los hechos), sino más bien sobre la distinción entre real e imaginario (que pertenece tanto al orden de los acontecimientos como al orden de los discursos). Como sucede habitual-

32. Las relaciones entre el pensamiento de White y Ricoeur, nada desdeñables a pesar de su diferente procedencia disciplinar, en N. PARTNER, "Hayden White, The Form of the Content", *History and Theory*, 37 (1998), pp. 162-172.

mente en la literatura, se puede crear un discurso imaginario sobre acontecimientos reales, que puede ser no menos "verdadero" por el hecho de ser imaginario. Por este motivo, los relatos de ficción que no están basados en lo "real" —por ejemplo, aquellos que no respetan las normas más básicas de la naturaleza humana o los que presentan como natural o habitual una conducta desordenada o singular— quedan desautorizados desde el punto de vista ético ("material"), aunque desde el punto de vista estético ("formal") funcionen. En el caso de la historia, su ética está condicionada por la identificación entre lo real y lo verdadero (niveles fácticos y discursivos). Sin embargo, la imaginación juega aquí un papel esencial, no sólo porque debe ocuparse de cubrir racionalmente las lagunas que la documentación ha dejado (tal como lo demostraron Carlo Ginzburg y Natalie Z. Davis en sus relatos sobre el molinero y la campesina respectivamente[33]) sino porque todo acceso racional al pasado (y por tanto, no-presente) precisa de su concurso.

5. CONCLUSIONES

Quizás la mayor "utilidad" de la obra de White haya sido alertar a los historiadores de una excesiva ingenuidad respecto a la objetividad del conocimiento del pasado. Comparto la opinión de F. R. Ankersmit de que White no ha puesto en duda la posibilidad del acceso al pasado, sino que simplemente ha enfatizado que es preciso poner un mayor énfasis en los *procedimientos* que rigen ese conocimiento y el modo de transmitirlo[34]. Los dos frutos más palpables que su pensamiento han sido de carácter teórico y práctico. Desde el punto de vista teórico, la obra histórica ha empezado a ser

33. Natalie Z. Davis ha postulado concretamente la función primordial de la imaginación histórica ("historical imagination") en todo discurso histórico (J. AURELL, *La escritura de la memoria, de los positivismos a los postmodernismos*, Valencia, Universitat de València, 2005, pp. 184-189).

34. F. R. ANKERSMIT, "Hayden White's Appeal to the Historians", *History and Theory*, 37 (1998), pp. 182-193.

considerada un artefacto literario, con todas las consecuencias epistemológicas que esto ha comportado: se han estrechado los vínculos entre la historia y la crítica literaria a la hora de analizar los textos históricos, como lo han hecho Gabrielle M. Spiegel para el medievalismo, James Amelang para el modernismo, William H. Sewell para el contemporaneismo[35]; se han legitimado algunos géneros como el autobiográfico que habían sido desautorizados hasta los años setenta, tal como lo intentó el volumen coordinador por Pierre Nora como experiencia, Jeremy D. Popkin como análisis de esa experiencia[36]; y, por fin, se han abandonado las construcciones históricas basadas en un excesivo determinismo geográfico, al estilo del Mediterráneo de Fernand Braudel o del Maconnais primer Georges Duby[37]. Desde el punto de vista práctico, han aumentado considerablemente los historiadores de prestigio que han diseñado sus obras históricas como una narración, como lo ponen de manifiesto las narraciones de Carlo Ginzburg, Natalie Z. Davis, Robert Darnton o Simon Schama.

Paradójicamente, estas supuestas "claudicaciones" de la historia frente a la narración en general y la literatura en particular no han hecho perder vigor epistemológico a la disciplina histórica, tal como algunos críticos de White habían augurado. El debate teórico se ha acrecentado, la filosofía de la historia ha recuperado su estatus como subdisciplina de la historia y ha aumentado el diálogo interdisciplinar entre la historia y la crítica literaria, la lingüística y la antropología. Al mismo tiempo, nadie ha dudado hasta el momento

35. G. M. SPIEGEL, *The Past as Text*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997; J. AMELANG, *The Flight of Icarus. Artisan Autobiography in Early Modern Europe*, Stanford, Stanford University Press, 1998 y W. H. SEWELL, Jr., *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.

36. P. NORA, ed., *Essais d'ego-histoire*, París, 1987; J. D. POPKIN, "Historians on the Autobiographical Frontier", *American Historical Review*, 104 (1999), pp. 725-748.

37. Este movimiento historiográfico de los años cincuenta a setenta, conocido entre los historiadores como "La tierra y los hombres", ha sido analizado por T. BISSON, "*La terre et les hommes*: a programme fulfilled?", *French History*, 14 (2000), pp. 322-345.

de la función de los historiadores como intermediarios entre el presente y el pasado, pero se ha profundizado en los problemas asociados al desarrollo de esa tarea. La historia se ha hecho más humana, porque las metanarraciones estructurales y marxistas han sido sustituidas por los pequeños relatos y las narraciones personales: no sólo se escribe la historia a través del relato (dimensión formal) sino que se concibe la misma historia como un relato (dimensión material) y se interpreta la historia como relato (dimensión procedimental). Todo ello ha devuelto el protagonismo a la persona como centro de la historia, perdiendo vigor los esquemas y las estructuras.

Olábarri terminaba su artículo remitiendo a la tímida emergencia del narrativismo en la historia por aquellos años ochenta, que ha terminado siendo hegemónica a partir de entonces. Quizás ahora, pasados más de veinte años de ese diagnóstico, el narrativismo haya cerrado su ciclo en la historia, más preocupada ahora por responder a los problemas de una contemporaneidad que no acierta a poner en consonancia los fragmentos de una sociedad en descomposición. La postmodernidad —que en la disciplina histórica ha tenido su concreción en el predominio del narrativismo— consiguió despedazar el discurso autosuficiente y *moderno* del pasado. Si ese ejercicio de deconstrucción fue necesario para poder individuar cada uno de los fragmentos que la modernidad pretendió borrar de un plumazo con sus metarrelatos, parece ahora insuficiente para reunificarlos y dotarlos de sentido[38]. No basta ahora con que el historiador sepa contar una historia sino que debe volver a comprometerse socialmente para intervenir en ella. Por este motivo, el debate epistemológico se centra en la recuperación del sentido histórico, algo extraviado tras las audaces experimentaciones postmodernas. La narratividad está dejando paso a la interpretación y la preocupación estética cede ante las cuestiones éticas, concretadas en los conceptos de identidad en lo socio-político y de

38. Ver el acertado diagnóstico de P. VÁZQUEZ GESTAL, "¿Que le pasó al giro linguistico? De la narratividad a la interpretacion en historiografia", *Rilce*, 22 (2006).

los significados en lo cultural[39]. Como escribió el antropólogo Clifford Geertz, "el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones"[40]. La historia busca ahora interpretar los significados (comprender los procesos), más que explicarlos científicamente o narrarlos literariamente. El giro cultural, cuya influencia en la historiografía ha ido acrecentándose a lo largo de los años noventa, parece ahora asentado en la arista cortante de la innovación historiográfica, superando al giro lingüístico y sus derivaciones postmodernas[41]. Está por ver hasta que punto serán hegemónicas, en los próximos decenios, estas nuevas tendencias que ahora se vislumbran.

Jaume Aurell
Universidad de Navarra
saurell@unav.es

39. S. LASH y J. FRIEDMAN, "Introduction. Subjectivity and Modernity's Other", in *Modernity and Identity*, Oxford, Blackwell, 1992, pp. 1-30 y Stuart Hall, "Introduction. Who needs "Identity"? in S. HALL y P. du GAY, *Questions of Cultural Identity*, Londres, Sage, 1996, pp. 1-17.

40. C. GEERTZ, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1998, p. 20.

41. V. E. BONELL y L. HUNT, eds., *Beyond the Cultural Turn*, Berkeley, University of California Press, 1999 y G. DELANTY, *Modernity and Postmodernity. Knowledge, Power and the Self*, Londres, Sage, 2000.

Copyright of Anuario Filosofico is the property of Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, S.A. and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.